

¿Quiénes eran?

Jon Sobrino, S.J.

Cuando se escriban sus biografías, algunas, como la de Ella-curía, el rector de la universidad, llenarán varios volúmenes, pues su vida, 59 años, fue de una prodigiosa creatividad intelectual, eclesial, religiosa y de análisis político-social. Otras, como la del P. Lolo, podrán ser más breves, no porque en su larga vida, 70 años, no hiciera muchas y buenas cosas en el colegio Externado San José, en los primeros años de la UCA y en sus veinte últimos años al servicio directo de los pobres en Fe y Alegría.

Por su talento sencillo y humilde él siempre quiso pasar inadvertido. E infinidad de cosas se dirán de los demás. Segundo Montes, 56 años, sociólogo, muchos años en el colegio y en la UCA, investigador de la problemática popular, sobre todo de los refugiados, director del Instituto de Derechos Humanos de la UCA.

Nacho Martín-Baró, 47 años, vicerrector académico, psicólogo social atento a la problemática del pueblo pobre, a las consecuencias psico-sociales de la pobreza y de la violencia, a la religiosidad liberadora. Juan Ramón Moreno, 56 años, maestro de novicios, profesor de teología, subdirector del Centro Monseñor Romero, que fue por cierto parcialmente destruido el mismo día de los asesinatos. Amando López, 53 años, rector del seminario diocesano de San Salvador, rector del colegio y de la universidad de Managua durante la revolución sandinista, profesor de teología de la UCA. Y junto a estos "títulos" habrá que mencionar los desvelos de todos ellos en su vida diaria por atender a la gente popular que se acercaba con sus problemas, su pastoral dominical en parroquias y comunidades de los pobres, suburbanas y rurales, Santa Tecla, Jayaque,

Quezaltepeque y Tierra Virgen, sus desvelos por construir en esos lugares pobres una pequeña clínica, una guardería infantil, o poner un tejado de lámina sobre unos palos para convertirlo en iglesia. También habrá que escribir las biografías de Julia Elba y Celina, quizás en pocas páginas, pero preñadas de realidad salvadoreña y cristiana, de pobreza y sufrimiento, de trabajo diario para sobrevivir, de esperanza de justicia y de paz, de amor a Monseñor Romero, de fe en el Dios de los pobres.

Ahora sólo quisiera decir algunas palabras sobre lo que más me ha impresionado de este grupo de jesuitas como grupo –aunque obviamente existían diferencias entre ellos- y ofrecerlas como la más importante herencia que nos dejan.

1. Ante todo, **eran seres humanos**, salvadoreños, que intentaron vivir honrada y responsablemente en medio de la tragedia y la esperanza. Por ahí quiero empezar, pues vivir en medio de la realidad salvadoreña es antes que nada asunto de humanidad, exigencia a responder con honradez a una realidad deshumanizada, que clama por la vida, y que en sí misma es cuestionamiento ineludible a nuestra propia humanidad.

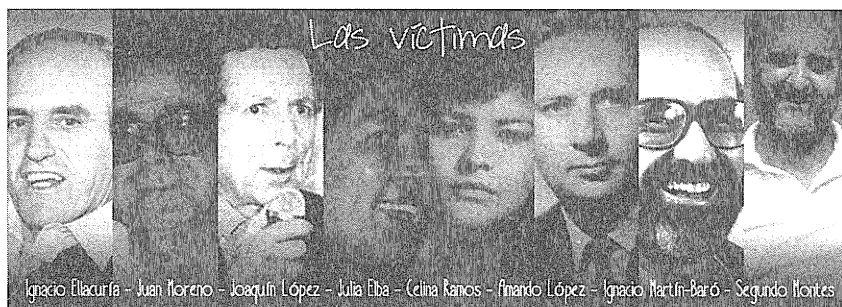
Estos jesuitas eran hombres de una pieza, no como cañas que mueve cualquier viento. Trabajan de sol a sol y ahora se habrán presentado ante Dios con sus manos callosas, si no de trabajos físicos sí de todo tipo de trabajos: clases, escritos, importante aunque monótono trabajo administrativo, misas, retiros, pláticas, entrevistas, viajes y conferencias en el extranjero... A veces con gran brillantez, participando en congresos internacionales, o apareciendo en televisión, hablando con reconocidas personalidades, diplomáticos y embajadores, obispos, líderes políticos y sindicalistas, intelectuales recibiendo premios internacionales. Segundo Montes recibió un premio, en el congreso de Estados Unidos, por su investigación sobre los refugiados el día 1 de noviembre, y Ellacuría, pocos días antes de regresar a El Salvador, recibió de manos del alcalde de Barcelona un importante premio otorgado a la UCA... A veces, en parroquias, en comunidades y en sus oficinas, hablando con la gente sencilla, con campesinos y refugiados, con madres de desaparecidos, tratando de resolver los problemas cotidianos de la gente pobre... La mayor parte de su tiempo trabajando en el día, acumulando en ese trabajo diario un gran conocimiento del país y la

credibilidad de estar siempre allí en su puesto, lo cual les otorgó un gran prestigio y potenció su trabajo y su eficacia.

2. Eran **hombres de espíritu**, aunque externamente no eran de los llamados “espirituales”. De Ellacuría aprendí la expresión “pobres con espíritu” para relacionar adecuadamente pobreza y espiritualidad. A estos jesuitas quisiera llamarlos ante todo “hombres con espíritu”. Y ese espíritu se manifestó, como San Ignacio dice en la meditación para alcanzar amor, “más en obras que en palabras”.

Ante todo, **espíritu de servicio**. Si algo quedaba claro de esta comunidad era su trabajo, hasta tal punto que nos llamaban fanáticos. Pero un trabajo que era servicio. En esto fueron insignes seguidores de San Ignacio, no pensando en el trabajo como modo de hacer carrera -varios de ellos muy bien pudieran haber sido figuras en su profesión y algunos llegaron a serlo, aunque sin buscarlo nunca directamente- ni porque no desearan paz y descanso. Pero dadas las exigencias del país y la creatividad de Ellacuría sobre todo para proponer siempre nuevos planes y no dormirnos en los laureles, el trabajo es lo que dominaba la comunidad, con las desventajas que eso tiene, pero también con el testimonio de una vida dedicada a servir. Casi todos tenían trabajo pastoral en parroquias y comunidades pobres los domingos, y muchos sábados y domingos por la tarde se les podía ver trabajando en sus oficinas. Recuerdo que a veces surgía la discusión sobre terminar el trabajo semanal en la UCA el viernes por la tarde, y no el sábado a mediodía, como en realidad lo hacemos, pero la discusión terminaba siempre con estas palabras: “Eso es para el primer mundo. En un país pobre como el nuestro, hay que trabajar más, no menos”. De hecho, hasta el concepto mismo de vacaciones y, nada digamos, de año sabático, llegó a desaparecer de nuestras vidas. Y aunque el trabajo excesivo tiene también su aspecto deshumanizante y costos para la salud, así vivían estos hombres porque el desvivirse trabajando era cuestión de humanidad, de responder a las innumerables exigencias de la realidad salvadoreña.

Recuerdo que, cuando el P. Kolvenbach nos visitó a los jesuitas en El Salvador en 1998 -visita muy animante que agradecemos sinceramente-, nos recomendó, como a él le toca hacerlo, que no trabajásemos en exceso, que cuidásemos las fuerzas y la salud. Y recuerdo que alguien de la comunidad le contestó que en situaciones como las nuestras hay que estar indiferente a salud o enferme-



Mártires de la UCA. Fotografía tomada de: <http://www.flacsi.net/noticias/compania-de-jesus-aniversario-de-los-martires-de-la-uca/>

dad, a vida corta o larga, como dice San Ignacio en el “el principio y fundamento”. No es que no comprendiésemos y agradeciésemos lo que nos decía el P. Kolvenbach, pero queríamos insistir en que la realidad salvadoreña -no sólo pensamientos ascéticos o místicos- exige esa indiferencia y esa disponibilidad para dejar la vida y la salud hecha girones. Exagerados o no, estos hombres vieron en el trabajo la forma de servir y responder a la realidad salvadoreña.

Ese trabajo, sin embargo, tenía una finalidad muy determinada: **el servicio a los pobres**. Cuando usábamos lenguaje religioso hablábamos de los pobres, por privilegiados de Dios. Cuando usábamos lenguaje histórico salvadoreño, hablábamos de las mayorías populares. En realidad es una misma cosa: el servicio a millones de hombres y mujeres que llevan una vida indigna de seres humanos y de hijos e hijas de Dios. En este servicio hay que encontrar lo más profundo de sus vidas y por ello puede decirse que este grupo de jesuitas tenía en verdad espíritu de compasión y misericordia. Si trabajaban como fanáticos y corrían riesgos muy conscientemente era porque se les removían las entrañas —como al buen samaritano, como a Jesús y como al Padre celestial- al ver a todo un pueblo herido en el camino. Nunca dieron un rodeo, como el sacerdote y el levita de la parábola, para no encontrarse y dejarse afectar por el sufrimiento del pueblo. Nunca dijeron que no a las continuas peticiones de la gente, mientras fuese posible complacerlas. Nunca buscaron subterfugios en el trabajo académico para no hacerlo, como si el saber universitario no estuviera también sometido a la exigencia primaria ética y práxica de responder al clamor de las mayorías populares. Por eso, la fuente, exigente e inspiradora, de todo su trabajo

y de todo su servicio fue esa compasión y misericordia que se les convirtió en algo verdaderamente primero y último. El lenguaje que usaban como universitarios era el de “justicia”, “transformación de estructuras”, “liberación”, incluso, bien entendido, el de “revolución”; pero no era éste un lenguaje frío, puramente ideológico o político, sino que detrás de él estaba el lenguaje de verdadero amor hacia el pueblo salvadoreño, el lenguaje de la misericordia. Con este pueblo y para este pueblo vivieron muchos años. Y de este pueblo todos hicieron su pueblo, habiendo nacido, con la excepción del padre Lolo, en España. “Tu pueblo será mi pueblo”, como dice la Escritura.

Eran hombres con **espíritu de fortaleza**. Tenían temple y aguante para todo, para los duros y los constantes trabajos, para atender a los mil y un problemas que diariamente pasaban por la universidad, los que eran estrictamente de la universidad y los que a diario generaba el país y que llegaban a la universidad. Así, tenían que mezclar clases con ayuda urgente a algún refugiado o desaparecido, tenían que interrumpir mil veces los escritos que tenían entre manos con llamadas y visitas. No había mucha paz externa para trabajar, a veces parecía que las espaldas no eran ya suficientemente grandes para aguantar todo lo que venía encima; pero no se aislaban ante los problemas ni desfallecían.

Y tenían fortaleza para mantenerse **en los conflictos y persecuciones**. En los últimos quince años abundaron las amenazas en llamadas telefónicas y cartas anónimas, y sobre todo en los periódicos donde se hicieron acusaciones alucinantes en editoriales, campos pagados —a veces de la Fuerza Armada— los cuales terminaban de una u otra forma insinuando o pidiendo claramente la expulsión o aniquilación de estos jesuitas. En los últimos meses aparecieron claras amenazas en la prensa y televisión sobre todo contra Ellacuría y Segundo Montes. Las últimas amenazas fueron por radio, cuando desde el 12 de noviembre toda la emisión que estaba en cadena gubernamental proferían amenazas contra ellos y el arzobispo.

Y junto a las amenazas verbales, los ataques físicos. Desde el 6 de enero de 1976 -recuerdo muy bien la fecha- cuando estalló la primera bomba en nuestra universidad, en otras quince ocasiones han puesto bombas, en la imprenta, en el centro de cómputo, en la biblioteca, en el edificio de administración. La última estalló el 22 julio de este año destruyendo parcialmente la imprenta. En nuestra

propia casa, la policía entró cuatro veces y la última vez estuvo allí once horas. En febrero de 1980, la casa fue fuertemente ametrallada en la noche, y en octubre de ese mismo año fue dinamitada dos veces: el día 24 y, tres días después, el 27. En 1983, una nueva bomba explotó en nuestra casa; esta vez por defender el diálogo como solución humana y cristiana para el país. Trágica ironía, pero en aquellos días la misma palabra “diálogo” era sinónimo de traición.

Su servicio a las mayorías populares era, pues, muy consciente de los riesgos que traía consigo. Y ese riesgo lo asumieron con absoluta naturalidad, sin alharacas, ni siquiera tras especial discernimiento espiritual, pues sólo se discierne lo que no está claro, y para estos hombres era absolutamente claro que tenían que proseguir su trabajo en el país. Por ello permanecieron en El Salvador y nunca los escuché que pensasen abandonarlo ante tantas amenazas y peligros, y quizás el mero hecho de quedarse en el país fue un gran servicio para mucha gente que se hubiese ido si ellos hubiesen abandonado el país. En 1977, después de que asesinaron a Rutilio Grande, todos los jesuitas fuimos amenazados de muerte. En las listas de personas peligrosas siempre estaban varios nombres de jesuitas de la UCA. Y recuérdense que en El Salvador se llegó a lanzar folletos por la calle con estas palabras: “Haga patria, mate un cura”. Algunas noches solíamos pasar la noche en casas de religiosas y de familias amigas, pero por la mañana siguiente todos volvíamos a nuestro trabajo de la UCA.

Sólo en noviembre de 1980 salió del país Ellacuría bajo protección de la embajada española, pues su nombre era el primero en una lista secreta con nombres de personas que iban a ser asesinadas. Y recuérdese que ese año las amenazas eran muy reales; fue el año en que fue asesinado Monseñor Romero, cuatro sacerdotes, cuatro religiosas norteamericanas, un seminarista, el rector de la Universidad Nacional, los cinco máximos dirigentes del Frente Democrático Revolucionario, y, como siempre, centenares de campesinos, obreros, sindicalistas, estudiantes, maestros, médicos, periodistas... Ellacuría regresó después al país sin ninguna garantía, asumiendo todos los riesgos.

No cabe ninguna duda, pues, que eran hombres de temple, de una pieza, como el pueblo salvadoreño que los fue moldeando y que ha dado un ejemplo al mundo de cómo aguantar infortunios sin cuento, cómo sobrevivir y cómo luchar por la vida, con una creatividad

que asombra a todos los que los conocieron. Estos hombres fueron, pues, en verdad salvadoreños, y quisiera añadir que la honradez, el servicio y la fortaleza con que vivieron la recibieron en muy buena medida de este pueblo. Sus dolores los convirtieron y publicaron, de su esperanza vivieron y su amor los sedujo para siempre.

3. Estos hombres eran también **creyentes, cristianos**. No lo menciono aquí como cosa obvia y rutinaria, sino como algo central en sus vidas y como algo que en verdad los dirigió completamente. No eran de los que convencionalmente podríamos llamar el tipo “piadoso”, repitiendo en el templo “Señor, Señor”, sino los que iban a la calle a hacer la voluntad de Dios. Por ello, cuando en la comunidad hablábamos de cosas de la fe, las palabras eran más bien parcas, pero muy reales. Solíamos hablar del reino de Dios y del Dios del reino, de la vida cristiana como seguimiento de Jesús, del Jesús histórico, el de Nazaret, pues no hay otro. En la universidad -en la enseñanza y en los escritos de teología por supuesto-, pero también en momentos solemnes y en actos públicos se recordaba nuestra inspiración cristiana como algo central, como lo que daba vida, dirección, ánimo y significado a todos nuestros trabajos, y como lo que explicaba también los riesgos que conscientemente corría la universidad.

Se hablaba con toda claridad del reino de Dios y de la opción por los pobres, del pecado y del seguimiento de Jesús. Esta inspiración cristiana de la universidad la exponían esos jesuitas sin ninguna rutina, y la gente captaba que en verdad esa inspiración es lo que dirigía la universidad. Incluso algunos no muy explícitamente creyentes lo captaban y agradecían, porque a través de la fe cristiana así vivida la universidad se hacía más salvadoreña.

Es difícil, por no decir imposible, penetrar en lo más hondo del corazón de esos hombres, en su fe, pero para mí no hay duda que fueron grandes creyentes y que su vida sólo tenía sentido como seguidores de Jesús. ¿Cómo era su fe? Pensando en cada uno de ellos, con sus diferentes historias y caracteres, me siento fascinado y agradecido ante todo por el hecho mismo de que tuvieron una gran fe, pues -digámoslo de paso- en países como El Salvador, la fe no es cosa obvia en medio de tanta injusticia y de tanto silencio de Dios, y no puedo menos de impresionarme por el hecho mismo que haya fe.

Creyeron en un Dios de vida, bueno para los pobres, utopía benéfica en medio de nuestra historia, que proporciona sentido y salvación a nuestras vidas, y de ahí su esperanza radical. Creo que encontraron a Dios escondido en el rostro doloroso de los pobres y lo encontraron crucificado en el pueblo crucificado. Y que también encontraron a Dios en esos gestos de resurrección, grandes y pequeños de los pobres. Y en ese Dios empequeñecido –el Dios siempre menor- encontraron al Dios siempre mayor, verdadero misterio inabarcable que les impulsaba a recorrer caminos nuevos, no transitados, a preguntarse qué es lo que hay que hacer. De ellos quisiera decir lo que en otros lugares he escrito de Jesús de Nazaret. Para ellos Dios fue Padre bueno, utopía benéfica para la historia, que la atrae y hace que dé más de sí, y en él podían descansar, depositar el sentido último de sus vidas. Y para ello el Padre seguía siendo Dios, misterio inmanipulable, y por ello no los dejaba descansar y los impulsaba a buscar cosas nuevas que hacer para responder a su nueva y soberana voluntad.

Ya he dicho que nuestra comunidad no era muy dada a poner en palabra estas cosas, sino a decirlas con la propia vida, y ahora mis hermanos las han dicho con su propia vida, con su propia sangre. Pero quiero mencionar algo de lo que sí hablábamos con frecuencia: de Monseñor Romero. Y ése era lenguaje de fe. Querer y admirar a Monseñor Romero no es cosa en absoluto difícil, a no ser para los que niegan la luz y tienen un corazón de piedra. Pero intentar seguirlo y aceptar todo Monseñor Romero es cosa de fe. Creo que para ello, para mí y para tantos otros, Monseñor Romero fue un Cristo actualizado y, como Cristo, sacramento de Dios. Confrontarse con Monseñor Romero era como confrontarse con Dios.

Encontrar en la vida personal a Monseñor Romero era como encontrar a Dios. Intentar seguir a Monseñor Romero era como seguir a Jesús hoy en El Salvador. Y eso es lo que mis hermanos intentaron hacer. No creo que ni el Señor Jesús ni el Padre celestial estén celosos de que hable así de Monseñor Romero. Al fin y al cabo, él ha sido su don más precioso en nuestros días para todos nosotros. Y cuando alguien se siente absolutamente atraído por un testigo como Monseñor Romero, a quienes hemos visto, oído y tocado, creo que puedo decir con sinceridad que se siente atraído por Jesús y por su evangelio, de quien sólo hemos leído sin verlo, de manera definitiva.

En cualquier caso, si es verdad que todos vivimos nuestra propia fe llevados por la fe de los demás, no tengo ninguna duda que nuestra comunidad era llevada por la fe de otros, de nuestro hermano Rutilio Grande, de tantos creyentes salvadoreños que han mostrado con su sangre su verdadera fe, y de la fe de Monseñor Romero. No sé si estoy proyectando en otros lo que para mí es la fe en Dios, pero creo y espero que no sea mera proyección. Si algo he aprendido en El Salvador es que la fe es, por una parte, realmente indelegable, como la de Abraham solo ante Dios, pero, por otra, es una fe llevada por otros. Las dos cosas se combinan en El Salvador, las dos se apoyan mutuamente, y de esta manera en medio de tanta oscuridad sigue siendo posible, creo yo, la luz de la fe. Como dice el profeta Miqueas, en una cita que muchas veces he usado, queda muy claro lo que Dios desea de nosotros seres humanos: “practicar la justicia y amar la lealtad”. Y queda claro también –ahora en el claroscuro del misterio- que así “caminamos humildemente con Dios en la historia”.

Lo primero, la absoluta exigencia de justicia es lo que les iluminó con toda claridad la realidad de los pobres y –practicando la justicia- es lo que les hizo corresponder a Dios. Lo segundo, el difícil caminar con Dios en esta historia de tinieblas –¿de dónde sacar fuerzas para ello?- creo que se lo posibilitó el recuerdo de Jesús, de sus testigos actuales y la fe de los mismos pobres.

Estos hermanos se entroncaron en esa corriente esperanzada y amorosa que sigue presente en la historia a pesar de todo, en esa corriente de la historia que protagonizan en último término los pobres. Ellos trabajaron para que esa esperanza utópica fuese cada vez mayor y tomase más cuerpo, pero ella también los llevó a ellos en su esperanza y en su fe. Creo que ellos miraron a los pobres desde Dios y con ellos caminaron hacia Dios. Así era, creo yo, la fe de mis hermanos.

4. Estos hombres y creyentes fueron por último jesuitas. Creo que fueron profundamente “ignacianos”, aunque no pareciesen a veces muy “jesuíticos”, si se me entiende bien, de los que están pendientes de la última información que viene de la curia, o de esos que piensan que la Compañía es lo más importante que existe sobre la faz de la tierra, aunque estaban sinceramente orgullosos de ser jesuitas. No es que fueran insignes en todo lo ignaciano, pero sí creo que fueron insignes en las cosas fundamentales de los *Ejercicios Espirituales*. Recuerdo que en 1974, Ellacuría y yo dimos un curso

sobre Ejercicios vistos desde América Latina. Y en 1983 juntos escribimos un documento que hicimos en nuestra Congregación Provincial para ser presentado a la Congregación General de ese mismo año, basado en la estructura de los Ejercicios. Normalmente nos tocaba a nosotros dos y a Juan Ramón Moreno poner en palabra lo ignaciano de nuestras vidas y trabajos, pero creo que todos los demás aceptaban y participaban cordialmente de esa visión.

De san Ignacio solíamos recordar los grandes momentos de los *Ejercicios*. La contemplación de la encarnación, para ver el mundo real con los ojos del mismo Dios, es decir, mundo de perdición, y para reaccionar con las entrañas del mismo Dios, es decir, “hacer redención”. Y esto es importante recordarlo porque, como para muchos otros salvadoreños, no fue la cólera -que tantas veces estaba más que justificada- ni la venganza ni mucho menos el odio lo que fue el motor de sus vidas, sino el amor: el “hacer redención” como dice san Ignacio. Solíamos recalcar también la misión de Jesús al servicio del reino de Dios e historizarla para nuestros días; la meditación de las banderas con la alternativa insuperable de riqueza y pobreza, que cristianamente asumida lleva de por sí a todos los bienes, mientras que la riqueza, por su propia naturaleza, lleva a todos los males; el cargar con el pecado del mundo y el escondimiento de la divinidad de Cristo en la pasión. Y algo que fue muy original y sumamente actual es la interpretación que hizo Ignacio Ellacuría del coloquio de la meditación de los pecados ante Cristo crucificado. En una interpretación historizada para nuestro tercer mundo, se preguntaba qué hemos hecho para que estos pueblos estén crucificados, qué hacemos ante sus cruces y qué vamos a hacer para bajarlos de la cruz. De él aprendí también a aplicar a nuestros pueblos la expresión “pueblo crucificado” —no sólo hay que hablar del “Dios crucificado” de Moltmann, solía decir, aunque esto sea necesario- y la comparación de esos pueblos con el siervo doliente de Jahvé, como lo hizo también intuitivamente Monseñor Romero: el siervo doliente de Jesús y el siervo doliente es el pueblo crucificado. En la respuesta a estas preguntas se expresaba la conversión que exige san Ignacio con total claridad.

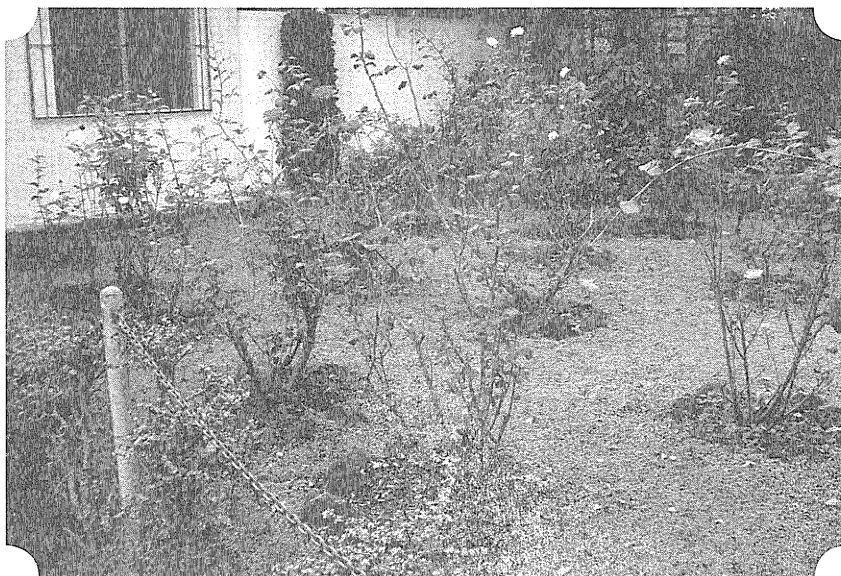
También reinterpretemos el ideal de san Ignacio: “contemplativos en la acción de la justicia”. No sé cuánto había de contemplación en sus vidas, tal como ésta se entiende convencionalmente, pero no dudo que el lugar privilegiado de su contemplación, de encontrar realmente el rostro de Dios en este mundo, estaba en su acción

para cambiar el rostro de Dios en este mundo, estaba en su acción para cambiar el rostro de Dios, oculto y desfigurado en los pobres y oprimidos, por el rostro de Dios viviente, que da vida y resucita a las víctimas.

Estos eran los ideales ignacianos que movían a ese grupo. Los llevaron a la práctica con limitaciones, por supuesto, pero no tengo duda de que esto es lo que los movía y de ello dieron insigne testimonio. Y desde este espíritu de San Ignacio hay que entender cómo se comprendían ellos como jesuitas en el mundo de hoy. Jesuitas como ellos, y ciertamente ellos, son los que prepararon el cambio que se operó en la misión de la universal Compañía, cambio comparable al del Vaticano II y Medellín, y por ello verdadero milagro y don de Dios. La misión actual de la Compañía quedó formulada como “servicio de la fe y promoción de la justicia” (CG XXXII, 1975), y todo ello llevado a cabo como “opción por los pobres” (CG XXXIII, 1983). Este cambio ha sido muy radical, ha significado para la Compañía conversión, abandonar muchas cosas y muchos modos de proceder, perder las amistades de los poderosos y sus beneficiados, y ganar el cariño de los pobres. Ha significado sobre todo volver al evangelio de Jesús, al Jesús del evangelio y a los pobres para quienes Jesús predicó y fue evangelio, buena noticia. Pero ha sido también un cambio muy importante y muy benéfico, especialmente para los países del tercer mundo. Ha significado que la Compañía se haya hecho verdaderamente cristiana y verdaderamente centroamericana, ha significado mantener la identidad de la Compañía de modo que la haga relevante en nuestro mundo y procurar una relevancia que la ayude a redescubrir su identidad ignaciana. Y no es éste pequeño beneficio para la Compañía, producto en muy buena parte de los jesuitas como los seis asesinados.

Y jesuitas como ellos son los que han verificado la verdad de lo que también dijo la CG XXXII: “No llevaremos a cabo la misión del servicio de la fe y de la justicia sin pagar un precio.” En los últimos catorce años desde que se dijeron estas palabras, muchos jesuitas han sido amenazados, perseguidos y encarcelados en el tercer mundo. El número de jesuitas asesinados creo que es alrededor de veinte, y de ellos, siete en El Salvador, el P. Rutilio Grande y ahora los seis de la UCA. Estas cruces son las que muestran que la elección fue correcta, cristiana y actual.

Creo, pues, que fueron ignacianos y jesuitas. Sin alharacas, sin palabras almibaradas y sin triunfalismos se sentían jesuitas, de nuevo más en las obras que en palabras. Ciertamente eran de aquellos que se hacían las dos grandes preguntas de san Ignacio: “a dónde voy y a qué”, e intentaban responderlas con honradez, sin el adorno de mucha palabrería espiritualista ni el disfraz de las prudencias diplomáticas y mundanas, ni siquiera con los discernimientos que a veces son paralizantes, pues lo obvio no es objeto de discernimiento. Eran de los que buscaban la mayor gloria de Dios y recordaban aquello de san Ignacio: el bien, cuanto más universal, más divino.” Y así comprendían su trabajo, sobre todo el trabajo específicamente universitario dirigido hacia las estructuras del país y su transformación: para que la salvación llegara a más gente. Eran de los que estaban en la avanzada, en las trincheras, allí donde se juegan las soluciones a los problemas más graves de nuestro tiempo, y allí donde se escucha también más cerca el fragor de la batalla. Si cayeron en la batalla, es porque estaban en ella.



El jardín representa a los mártires vivos, no muertos. Los padres jesuitas, Elba y Celina, Monseñor Romero, Rutilio Grande, las víctimas del Mozote, los que murieron en la crueldad de la guerra y nadie lloró ni rezó por ellos.

Así es como los recuerdo, honrados con la realidad, creyentes en Dios y seguidores de Jesús, jesuitas cabales de finales de este siglo XX. Tuvieron limitaciones y fallos, cada uno los suyos y como grupo. Duros y adustos a veces, hasta con apariencia de intransigentes algunas veces. Aunque no por defender lo suyo, sino por luchar por lo que consideraban mejor para el país, la Iglesia y la Compañía. Pero eso no les impidió vivir y trabajar unidos, llevando cada uno las cargas de otros, y sintiéndose llevados también por el espíritu de otros. De esta forma fueron compañeros de Jesús y realizaron la misión del cuerpo de la Compañía en el mundo de hoy.

La referencia: Centro Monseñor Romero, Carta a las iglesias,
Año XXXIII, No. 654 del 1 al 31 de octubre de 2014.